

en lo cual era tan mañoso el virey como poco prudente para gobernar. Y como al propio tiempo ardía la guerra civil en las provincias, comenzó á notarse, lo mismo que sucedió en Cataluña y es comun cuando se prolongan las revoluciones, cierto cansancio de la guerra, y cierto caimiento en los ánimos, que son las mas veces los síntomas que anuncian la reaccion.

Tomó el jóven don Juan de Austria, cuando estaban así las cosas, una medida oportunísima, que la necesidad estaba imperiosamente reclamando. Dando cierta amplitud á los poderes que le otorgára el rey su padre para componer aquellos disturbios, bien que oyendo en consejo á los capitanes de mas autoridad, tomó sobre sí el vireinato, cesando por lo tanto el de Arcos en las funciones de virey, que en mal hora desde el principio habia desempeñado. Pero el gobierno de Madrid, sin reprender á don Juan de Austria por un acto que en el fondo aprobaba, aunque no fuese muy legal la forma, nombró virey y gobernador de Nápoles al conde de Oñate, antiguo representante de España en la corte imperial, embajador á la sazón en Roma, hombre de largos y acreditados servicios, tan hábil como recto y severo, y el mas apropósito que podia haberse buscado para el caso; nombramiento hecho con un tino, raro entonces en la corte de España.

Cuando llegó el conde de Oñate, ya don Juan de Austria habia puesto en buen lugar las armas españolas, resistiendo fuertemente un ataque general que los

rebeldes de dentro y fuera de la ciudad habian dado á todos los puntos ocupados por las tropas de España (febrero, 1648), sin perder una sola posicion, siendo uno contra diez los combatientes, y habiendo menudeado los asaltos todo un dia y parte de la noche. Era el de Oñate tan buen guerrero como hábil diplomático. En este último concepto supo explotar bien las murmuraciones que ya andaban por el pueblo contra el de Guisa, á quien aborrecian muchos. Como guerrero se aprovechó mejor de un desacierto que cometió el francés, solo comprensible en un hombre á quien la presuncion desvanecia. Súpose en Nápoles que unas galeras españolas se habian apoderado de la isla de Nísida, situada á pocos pasos del promontorio de Posilippo. El de Guisa, como si toda la ciudad se mantuviera en su devocion y estuviera bien guardada y segura sin su presencia, tomó cinco mil hombres escogidos, preparó los barcos correspondientes, y se aprestó á arrojar los españoles de la isla. Este fué el momento oportuno que escogió el de Oñate para dar un golpe de mano sobre la ciudad. Tenia el virey pocas tropas, pero mandábanlas escelentes y muy ilustres cabos, contándose entre ellos don Juan de Austria, el marqués de Torrecusa, Tuttavilla, Carlos de la Gatta, don Diego de Portugal, el marqués de Peñalba, y otros muy distinguidos capitanes.

Distribuidas convenientemente las tropas bajo la disposicion de tan valerosos gefes, dispuso un ataque

general y simultáneo á todos los puntos enemigos. Faltábales el de Guisa, faltaba la gente que mas valia de los rebeldes, habia quedado mucha chusma, de esa que en las revueltas populares tiene mas interés en no dejar las armas, hombres terribles, pero en quienes entra fácilmente la confusion cuando no hay quien los guíe con órden. Esto sucedió cabalmente; sorprendidos con tan impensado ataque, desordenáronse despues de una corta resistencia, y al verlo los vecinos honrados, los que estaban ya cansados de escesos y de desastres, ellos mismos salian á las calles y se asomaban á las ventanas aclamando á gritos: ¡Viva la paz, viva el rey de España! A vista de esto los revoltosos cayeron de todo punto de ánimo, y fueron soltando las armas acá y allá. Quedó pues la ciudad sometida al vencedor, y puedè decirse que aquel dia acabó una revolucion que se habia presentado tan imponente, y que si bien no duró sino escasos ocho meses, corrió en este espacio tantos lancés y vicisitudes como si hubiera durado años ⁽¹⁾. La provincias si-

(1) Al decir de algunos escritores extranjeros, especialmente franceses, este desenlace se debió esclusivamente á una traicion. Dicen que celoso Genaro Annése del duque de Guisa y resentido del altivo desden con que le trataba, ofreció á los españoles entregarles la puerta de Santa Ana, si ellos distraian al de Guisa por algunas horas. Que esto estaba ya convenido entre el Genaro y el virey, cuando se supo lo de la isla de Nísida y sucedió lo de la salida del de Guisa, no teniendo otra cosa que hacer el traidor que abrir la puerta, ni los españoles otra cosa que entrar, publicando luego el Annése, para sus traerse á la odiosidad popular, que el de Guisa habia vendido la ciudad á los españoles.—Weis: España desde el reinado de Felipe II. hasta el advenimiento de los Borbones: primera parte; Felipe IV.—Sobre faltarle comprobantes á

guieron ahora como antes el ejemplo de la capital, y en poco tiempo quedó otra vez sometido á España un reino, que estuvo ya muy á punto de darse por perdido. El duque de Guisa, cuyas tropas se dispersaron tan pronto como supieron el suceso de Nápoles, fué alcanzado y preso cerca de Capua (6 de abril, 1648) por la gente de los nobles. El severo conde de Oñate quiso cortarle la cabeza, pero interponiéndose generosamente don Juan de Austria, fué enviado á España y encerrado en el alcázar de Segovia. De aqui se escapó mas adelante disfrazado, pero cogido de nuevo en Vizcaya fué otra vez traído á la misma prision ⁽¹⁾.

Severo y duro el de Oñate, castigó con estremo rigor á todos los que habian tenido una parte principal en la rebelion pasada. Todos ellos perecieron en el patíbulo, y haciendo estensiva la pena á los que en ella habian sido solo cómplices, la sangre corrió en

la anécdota la hace menos verosímil la circunstancia de que el virey Annése fué uno de los que tardaron mas en entregarse defendiendo con teson el torreón del Cármen, y al fin el conde de Oñate le hizo morir en un patíbulo, por haber intentado reproducir la rebelion.—De Santis.—Conde de Módena.—Duque de Rivas: Sublevacion de Nápoles, cap. último.

(1) Seis años mas adelante (1663), este mismo duque de Guisa fué puesto en libertad á ruegos del principe de Condé, nuestro aliado. Pero restituido á Francia, tomó el partido del rey contra España, lo cual llenó de indignacion al monarca español. No contento con esto el de Guisa, y llevando mas allá su ingratitude, y el deseo de vengar las afrentas y humillaciones que se le habia hecho sufrir, so pretexto de que le llamaban otra vez los napolitanos para que los librara del yugo de los españoles, consiguió que la Francia le diera una escuadra de cuarenta velas, con la cual se fué á encender de nuevo la guerra á Nápoles, y se apoderó de Castellamare. Pero acudiendo allá el virey con todas sus fuerzas y habiendo atacado la plaza, fué derrotada la gente del de Guisa, teniendo apenas tiempo los que escaparon para reembarcarse y volverse á Francia.

abundancia en aquella desventurada población y en otras de las provincias. Tan escesa severidad irritó los ánimos, y se fraguaron nuevas conjuraciones. Una quiso urdir aquel Genaro Annése, que despues de haber sido generalísimo de los rebeldes no podia sufrir la vida oscura de que no debió salir nunca, pero fué descubierta, y pagó tambien con la cabeza en un cadalso. Se proyectó asesinar al de Oñate y ofrecer la corona de aquel reino á don Juan de Austria, pero el jóven príncipe tuvo el mérito de no dejarse fascinar con tan halagüeña oferta, y permaneciendo fiel á su padre y á su patria, se aplicó á restablecer tambien la autoridad real en aquellos países; qué ojalá se hubiera conducido siempre como en sus primeros años el hijo bastardo de Felipe. Aun hizo mas: enviado por el virey á arrojar á los franceses de los lugares que habian ocupado en Toscana, y con cuya vecindad estaba siempre amenazada Nápoles, recobró á Piombino, y mas adelante, despues de cuarenta y siete dias de sitio, á Portolongone (1).

(1) Sentimos haber tenido que omitir multitud de incidentes y circunstancias notables que acompañaron esta famosa y sangrienta rebelion, fecunda en hechos y escenas peregrinas, propias de la índole de los actores que en ella figuraron, pero que no pueden tener cabida en una Historia general. El *Estudio histórico* de este episodio de nuestra historia, hecho por el duque de Rivas, sobre las obras y relaciones de escritores contemporáneos y sobre documentos de los archivos de Nápoles, con conocimiento local de aquella ciudad populosa, deja muy poco que desear en este punto.

Entre los apéndices con que ha enriquecido su apreciable trabajo se encuentran algunas comunicaciones oficiales de las que mediaron entre el virey, el cardenal Filomarino y los caudillos de la rebelion; los capítulos de transacción entre el virey y el pueblo,

De este modo, si bien las rebeliones de Sicilia y de Nápoles fueron dos golpes que pusieron á España, harto enflaquecida ya con las guerras de Portugal, de Cataluña y de Flandes, en gran peligro de perder las dos Sicilias, al fin se logró someter los países subidos, y todavía se fué conservando en Italia la superioridad de nuestras armas.

cuando se concedieron á éste los privilegios que reclamaba; los nuevos capítulos y gracias que despues le fueron otorgadas, en número de 58, varios edictos y proclamas del duque de Arcos; un bando de Masaniello, y dos de Genaro Annése, que se firmaba *Generalissimo del fedelissimo popolo di questa fidelissima città e regno di Napoli*.